

Autobiografía del ojo

Cosas invisibles, enraizadas en el
frío, creciendo
hacia esta luz
disipada
en todo lo que alumbra. Nada
tiene fin. La hora regresa
al comienzo de la hora
en que respiramos: como si
nada fueran. Como si yo
no pudiera ver
nada
que no es lo que es.

En el límite del verano

y su calidez: cielo azul, colina púrpura.

La distancia
que sobrevive.

Una casa hecha de aire, y el flujo
del aire en el aire.

Como estas piedras
que se deshacen sobre la tierra.

Como el sonido de mi voz
en tu boca.

Desapariciones

1. Empieza de nuevo, a partir

de la soledad:

como si ahora respirara

por última vez,

y es ahora, por tanto,

cuando respira por vez primera

más allá del abrazo

de lo singular.

Vive, y no es por tanto

sino lo que se aloja

en el insondable hueco

de su ojo,

y lo que ve

es todo lo que no es: una ciudad

del hecho

indescifrable,

y, por tanto, un lenguaje de piedras,

pues sabe que en el total de la vida

una piedra

dará paso a otra piedra

para hacer un muro

y que todas esas piedras

formarán la monstruosa suma

de pormenores.

* * * * *

3. Oír el silencio

que sigue a la palabra de uno mismo. Murmullo

de la más mínima piedra

tallada a imagen

de la tierra; y que los que

hablen

no sean más

que la voz que los habla

al aire.

Y dirá

de cada cosa que vea en este espacio,

y se lo dirá al muro mismo

que crece ante él:

y también para esto

habrá una voz,

aunque no será la suya.

Incluso a pesar de que habla.

Y porque habla.

* * * * *

5. Frente al muro

adivina la monstruosa
suma de pormenores.

No es nada.

y es todo lo que él es.

Y si él

nada fuera, déjalo empezar
donde se encuentre a sí mismo,
y como cualquier otro hombre
que aprenda el habla del lugar.

Pues también él

vive en el silencio

que viene antes de la palabra

de sí mismo.

* * * * *

7. Está solo. Y desde el instante en que empieza a
respirar,

no está en ningún sitio. Muerte plural, nacida

en las mandíbulas de lo singular,

y la palabra que

construiría un muro

a partir de la piedra

más interna de la vida.

Pues nada: de lo que habla
es él;
y a pesar de sí mismo,
dice yo, como si también él
empezara a vivir en todos
los otros

que no son. Pues la ciudad es
monstruosa, y no hay en la boca
fugas
que no devoren la palabra
de uno mismo.

Por tanto, están esos muchos,
y están
todas esas vidas talladas

en las piedras de un muro,

y aquel que fuera a respirar
aprenderá
que no hay más destino
que éste.

Por tanto, empieza de nuevo,

como si, por última
vez, respirara.

Pues no hay más tiempo. Y lo que empieza

es el final del tiempo.

Efigies

Sendas de eucaliptos: un resto del pálido cielo
temblando en mi garganta. A través del zumbido
lastre del verano

la cizaña que acalla
incluso tu paso.

Los innúmeros fantasmas de luz.

Y lo que fue pérdida: memoria

de lo que nunca ha sido. Las colinas. Las imposibles
colinas

perdidas en el brillo de la memoria.

Como si todo aún
esperara a nacer. Inmortal en el ojo,
allí donde el ojo
se abre

al ruido del calor: una avispa, un cardo oscilando en las púas

de alambre.

Nevada. Y en la veta

más profunda de la blancura: memoria

que añade tus pasos
a lo ya perdido.

Sin fin
yo hubiera caminado contigo.

Alba. La inmensa luz
aluvial. El carillón de nubes
al amanecer. Y los botes
amarrados en la niebla del muelle

son invisibles. Y si están ahí

son invisibles.

Fragilidad del alba...

Fragilidad del alba: en el límite
de tu lámpara oscurecida: aire
sin palabras: flor de ceniza, corola
plegada. Desde el más pequeño
de tus soles, retienes
la escaldadura: vaina
de luz aplacada. Tu palma
en barbecho: su semilla
entrando en la mudez. Más allá de esta hora, el ojo
te enseñará. El ojo aprenderá
a desear.

Fragmento desde el frío

Porque nos volvemos ciegos
en el día que nace con nosotros,
y porque hemos visto a nuestro aliento
nublar
el espejo del aire,
el ojo del aire no se abrirá
sino en la palabra
hecha renuncia: el invierno
habrá sido un lugar
de madurez.

Nosotros, convertidos en los muertos
de otra vida que la nuestra.

Inmune al gris suplicante...

Inmune
al gris suplicante
de la niebla, fue el odio
-el odio, pronunciado mañana
y tarde en el alero-
quien te mantuvo cerca. Sabíamos
que sólo la ebriedad
había hecho al sol
arrastrarse por las persianas.
Sabíamos que un vacío
aún más profundo
era construido por gaviotas
que barrían sus propios gritos. Sabíamos que
sabían

que el aterrizaje era espejismo.

Y que esperaba

desde la hora primera en que

yo había venido a ti. Mi piel,

estremeciéndose bajo la luz.

La luz, hecha añicos a mi tacto.

Lapsario

Esta tierra abierta en pedazos.

El relinchar de ramas

en la arboleda.

La noche mural, fundiéndose

con el mediodía.

Te hablo

de la palabra que se enfanga en el olor

de lo inmediato.

Te hablo del fruto

que extraje a empellones

con la pala.

Te hablo del habla.

Los colores

del humus: hundidos en la grieta,

casi humanos. La bendición

prismática del día: divisible

por el aliento. Senderos de estornino,

surcos de serpiente,

semillas. Las rápidas espadas

de fuego. Lo que arde

es desterrado.

Se va contigo.

Es tuyo.

Un hombre

sale de la voz

que se convirtió en mí.

Se ha desvanecido.

Se ha comido

la palabra madura

que te mató y

te mató.

Se ha encontrado a sí mismo,

erguido en el lugar

donde el ojo se mantiene

con más terrible firmeza.

Noches blancas

No hay nadie aquí,

y el cuerpo dice: todo lo dicho

no debe ser dicho. Pero nadie

es un cuerpo igualmente, y lo que el cuerpo dice

nadie lo oye

excepto tú.

Nevada y noche. La repetición

de un asesinato

entre los árboles. La pluma

se mueve sobre la tierra: qué ocurrirá

lo ignora, y la mano que la sostiene
ha desaparecido.

No obstante, escribe.

Escribe: en el principio,
entre los árboles, un cuerpo vino caminando
desde la noche. Escribe:
la blancura del cuerpo
es del color de la tierra. Es tierra,
y la tierra escribe: todo
es del color del silencio.

Yo no estoy aquí. Nunca he dicho
lo que tú dices
que he dicho. Y, cada noche,
desde el silencio de los árboles, sabes

que mi voz
viene caminando hacia ti.

Pulso

Esto que retrocede
se acercará a nosotros
al otro lado del día.

Otoño: una sola hoja
comida por la luz: y la verde
y fija mirada del verde
sobre nosotros.
Allí, tierra sin fin,
allí

también nosotros
seremos esa luz,
incluso mientras la luz
muere
en la silueta de una hoja.

Mirada sorprendida
en el hambre del día.
Donde nunca hemos estado
estaremos. Un árbol
echará raíces en nosotros
y se alzaré en la luz
de nuestras bocas.

El día se erguirá ante nosotros.
El día nos seguirá

hasta el día.

Tú, indomable...

Tú, indomable
en este flujo terrestre:
tú, donde las últimas semillas
auguran cercanía:
tú harás sonar
el delirio coral
de la memoria, e irás
por el camino de los ojos. No te queda
otra, ni más larga, salida: desde el instante
en que te cortes
las venas, las raíces comenzarán

a recitar la masacre
de las piedras. Vivirás. Construirás tu casa
aquí: olvidarás
tu nombre. La tierra
es el único exilio.

Paul Auster